



# CIENCIAS SOCIALES: ENTRE LA MODERNIDAD Y LA POSMODERNIDAD

LIBARDO SARMIENTO

Economista y filósofo

Director adjunto,

Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CID

Facultad de Ciencias Económicas

Universidad Nacional de Colombia

**L**A EUFORIA BURGUESA SOBRE LA MUERTE DEL MARXISMO como teoría y del socialismo como proyecto histórico-social, y el fin de la historia como eternización del capitalismo, es al menos prematura, y llena de un comprensible pero vacío triunfalismo<sup>1</sup>. ¿Es aún posible, como lo insinúa Pradilla, pensar en la utopía, en unas ciencias sociales propositivas, arquitectas de proyectos alternativos de sociedad? Acaso no tiene razón Jacques Attali al decir que jamás resultó más difícil de definir, en cualquier país, un proyecto político que no sea el de su simple adaptación a las exigencias del orden mercantil<sup>2</sup>.

Difícil es pensar en tiempos turbulentos, en donde lo que predomina es la inestabilidad, el caos, no el orden. Las condiciones generales de la producción, reales y monetarias, al

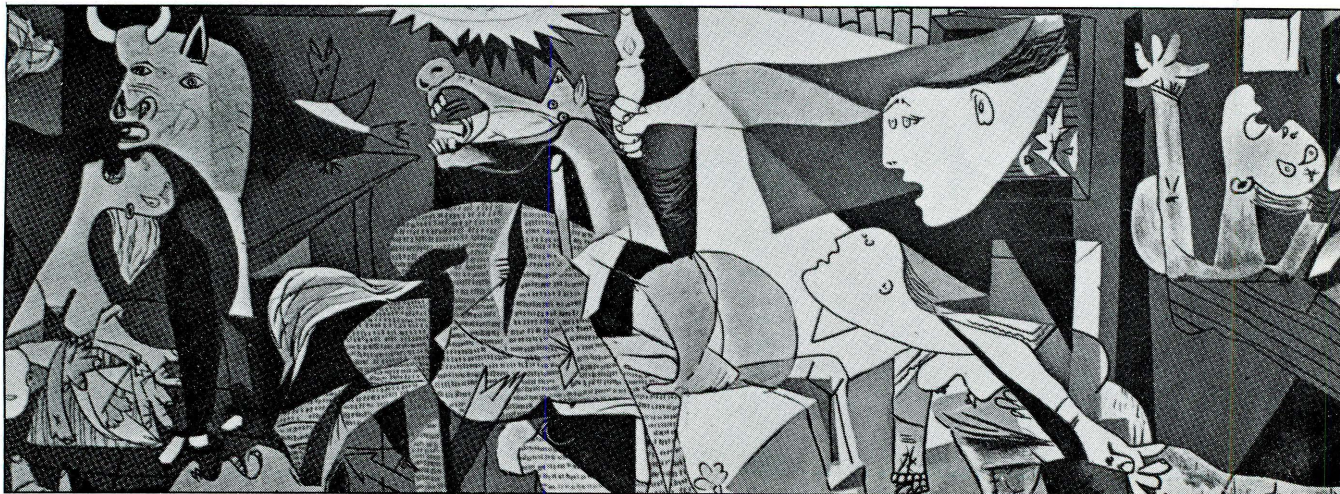
igual que la gestión de las relaciones de reproducción del orden social se reorganizan y modernizan, el cambio tecnológico se acelera y todo lo permea; las relaciones entre el capital y el trabajo se reforman y flexibilizan; se extiende y profundiza la internacionalización monopólica del capital; se consolida el dominio de los polos capitalistas hegemónicos y sus bloques regionales; se reorganiza la división internacional del trabajo; la ideología del mercado acompaña un acentuado individualismo; el Estado capitalista se reforma: privatización de sus empresas, reducción y reorientación del gasto público, desregulación de la economía.

De otra parte, ya a mediados de los setenta Daniel Bell anunciaba el advenimiento de la sociedad postindustrial. Dice Bell que la sociedad occidental está en camino

de un gran cambio histórico en el que las relaciones sociales (que se asentaban en la propiedad), las estructuras de poder existentes (centradas en élites reducidas) y la cultura burguesa (centrada en la represión y en la renuncia a la gratificación) se desgastan rápidamente. Las fuentes del cataclismo son científicas y tecnológicas, pero también culturales. La cultura ha obtenido autonomía en la sociedad de Occidente. En parte es por ello que no está para nada claro cuáles habrán de ser las formas de esta nueva sociedad<sup>3</sup>.

De manera obvia, estos fenómenos han transformado hasta sus raíces el quehacer de las ciencias sociales, en conceptos, métodos y lenguaje. Pensar el estado de las ciencias sociales en los años noventa es un ejercicio tan solo aproximativo de un proceso esquivo a tomar forma. Este ensayo es una aproximación a estas ciencias a partir de dos

Guernica de Picasso



aspectos: 1) debate modernidad - postmodernidad; 2) las tendencias actuales de un viejo debate.

## AMBIGÜEDAD

La historia moderna de las ciencias sociales registra dos ejes referenciales: 1) su aproximación, intencionalmente buscada, al paradigma de ciencia construido por las ciencias naturales; 2) su fundamentación y defensa de la Razón.

En efecto, en la actualidad las ciencias sociales presentan grandes avances en términos de su formalización y desarrollo como ciencia positiva. Los estándares de la lógica que se espera de las ciencias sociales contemporáneas descansan en el uso de las matemáticas y los modelos, al igual que en los refinamientos en los métodos y técnicas de análisis utilizados; tienden, en conjunto, hacia una mayor fundamentación en términos de los conceptos tradicionales de la Ciencia. De otra parte, las ciencias sociales modernas se caracterizan por una actitud mental centrada en el racionalismo radical del pensamiento, por la lucha decidida contra toda mitología en la ciencia, por el convencimiento del valor cognoscitivo de la ciencia y de la posibilidad del progreso social.

Estos “grandes avances” que muestran las ciencias sociales vienen cuestionándose en distintos frentes. Se denuncia, de una parte, que en sus productos proliferan las descripciones minuciosas, los estudios de caso, los análisis comparativos poblados de cuadros y gráficos estadísticos, de las estructuras, formas o procesos territoriales, en los cuales la lectura o narración de las apariencias evita y suplanta el análisis de esencia, se mantiene oculta la determinación social, los agentes reales involucrados, la responsabilidad de los agentes históricos, y su solución aparece como el resultado del devenir cuantitativo, lineal y mecánico de los procesos privados espontáneos o, cada vez menos, de las acciones públicas<sup>4</sup>.

De la otra, se señala que las “verdades” que van generando las ciencias sociales y humanas son de carácter más provisional y local. El quehacer científico social presenta ahora una profunda crisis, conocida como crisis de los paradigmas (agregado de nociones generales, o maneras de ver el mundo -ciencia normal- que alguna comunidad científica reconoce como fundamento para su práctica investigativa). Esta es una de las cristalizaciones de la crisis en los otros ordenes de la vida societal. Pues, como lo señala Furtado, la ciencia es una manifestación de la creatividad que sólo puede entenderse plenamente cuando se inserta en el contexto cultural. Esta crisis, por lo demás, se encuentra en todo el mundo contemporáneo.

**El pensamiento social de nuestros días se inscribe en el proyecto de construcción de unas ciencias basadas en una doble experiencia: la de las sociedades de la tradición, sometidas a la prueba de grandes transformaciones, y la de las sociedades de la modernidad, en las que predominan el movimiento y la incertidumbre.**

Los conceptos y categorías con los cuales se venía trabajando durante décadas, como lo muestra con gran propiedad Sonntag<sup>5</sup>, no concuerdan ya con la realidad porque ésta ha cambiado. Los métodos con los que se ha intentado aprehender su esencia no sirven porque la realidad, en sus nuevas formas de apariencia, se resiste a ellos. Tanta especialización y refinamiento que muestran con orgullo las ciencias sociales conducen a conclusiones descriptivas muy triviales, alejadas de la realidad, o a un saber todo de nada.

El pensamiento social de nuestros días, al contrario, se inscribe en el proyecto de construcción de unas ciencias basadas en una doble experiencia: la de las sociedades de la

tradición, sometidas a la prueba de las grandes transformaciones, y la de las sociedades de la modernidad, en las que predominan el movimiento y la incertidumbre. En los dos casos, el presente pone de manifiesto configuraciones sociales trastrocadas, reorganizaciones en marcha, apariciones de lo inédito; rompe la ilusión de la larga permanencia de los modelos sociales que, además, toman el aspecto de una obra colectiva jamás lograda y siempre por continuar<sup>6</sup>.

Han desaparecido, también, los grandes discursos de fundamentación. Los relatos que prometían progreso permanente, desarrollo, felicidad -vinieran del capitalismo o del socialismo- se desmoronan, quedando tan sólo la irracionalidad de su racionalidad técnica, sus consecuencias nefastas sobre el medio ambiente, su incapacidad de erradicar la miseria y las desigualdades sociales, su carácter alienante en lo individual y grupal. Hay pérdida de legitimidades y de sentido. Todo se vuelve simulacro y espectáculo, consumismo, nihilismo y enconchamiento en los intereses más egoístas y pobres del ser humano. Esta situación de la vida moderna se recoge en el fenómeno llamado “postmodernidad”.

Los posmodernistas argumentan cada vez con mayor fuerza el fin de la historia (Fukuyama). La historia ha terminado porque la idea de una historia como proceso unitario ya no es convincente. El desgaste del modernismo y sus grandes proyectos o “metarrelatos totalizadores”, como la dialéctica del espíritu, la hermenéutica del sentido o la emancipación del hombre racional o del trabajador, cuyas “promesas” no han sido cumplidas, ha dado lugar al surgimiento de una generación de artistas, arquitectos y urbanistas, filósofos y científicos sociales que niegan su vigencia histórica y anuncian la llegada de la posmodernidad. Se erigen en críticos y verdugos de la modernidad, sus grandes teorizaciones, sus filosofías de la historia y sus utopías, postulando en cambio el dominio de la “diferencia”, la “discontinuidad”, la “deconstrucción” y la “diseminación”<sup>7</sup>.

En lo político, la posmodernidad es también el fin del “pueblo” como rey y héroe de las historias. Si no se puede creer ya en los relatos — dice Lyotard — menos se puede creer en sus protagonistas. El pueblo (y ya no solamente el proletariado) ha desaparecido del imaginario posmoderno como protagonista de la historia, la cual también se ha esfumado como proceso más o menos lineal, tendiente hacia algún fin; no se sabe aún quién será el protagonista que lo suceda y el contexto temporal en que se situarán los acontecimientos, si es

que se siente alguna vez la necesidad de postular alguno<sup>8</sup>.

El debate modernidad — posmodernidad registra, también, una refiguración del pensamiento social. En los años recientes ha habido una enorme mezcla de géneros en la ciencia social, así como en la vida intelectual en general. Los científicos sociales se han apartado de un ideal de explicación de leyes y ejemplos hacia otro ideal de casos e interpretaciones. La analogía del texto adoptada ahora por los científicos

sociales es, en cierta medida, la más amplia de las recientes refiguraciones de la teoría social, predominan los lenguajes lúdicos, dramáticos y textualistas: 1) juego: jugador, oponente, reglas; 2) drama: actor, audiencia, trama; 3) texto: escritor, lector, relato<sup>9</sup>.

Si bien los orígenes de la crítica de la modernidad se encuentran en Nietzsche, Freud, Heidegger, las raíces del posmodernismo se identifican con la vanguardia de intelectuales franceses agrupados alrededor de TEL QUEL, reconocido más tarde, por Frank Lentricchia, como movimiento postestructuralista. Foucault fue uno de sus orientadores principales. Difundió un fuerte escepticismo hacia ciertas categorías analíticas de las ciencias sociales y de la ciencia en general, resaltando la relatividad y el carácter construido de nociones aparentemente tan básicas como “enfermedad mental”, “hombre”, “poder”, “conocimiento”.

Una de las ideas centrales de Foucault es la de la arbitrariedad de las epistemes (un término que compendia, por así decirlo, las connotaciones de “concepciones del mundo” y de “paradigma”). Cada episteme define lo que es pensable y lo que no, y cada episteme disfruta de coherencia interna y de una especie de autonomía.

Tanto Habermas como Lyotard comparten la misma descripción de la postmodernidad, y divergen sólo en cuanto a su evaluación<sup>10</sup>. Lo describen como el venir a menos de los grandes “metarrelatos” que legitimaban la marcha histórica de la humanidad por el camino de la emancipación, y del papel de guía que en ella los intelectuales desempeñaban. Esto para Habermas es una calamidad: es el imponerse de una mentalidad conservadora, que renuncia al proyecto del iluminismo el —proyecto de la modernidad—, mientras que para Lyotard representa un paso adelante en la liberación del subjetivismo y el humanismo modernos, es decir, de la ideología del capitalismo.

Desde los ochenta, el debate teórico internacional de las ciencias sociales y humanas gira en torno a la condición post-moderna o, lo que es

Jeronimus Bosco



lo mismo, a la crítica de la modernidad<sup>11</sup>.

## VEJOS DEBATES

Las ciencias sociales, si bien han recuperado la diferencia y al individuo, se han vuelto más especializadas y menos críticas. Han perdido garras y dientes para aprehender la realidad. Dejan de ser la conciencia crítica de su tiempo. Han extraviado su objetivo de contribuir al autoconocimiento (comprensión) de la modernidad<sup>12</sup>, de contribuir a dar sentido y significación en tiempos turbulentos.

Como nos lo recuerda Kolakowski, en gran medida las ciencias sociales modernas nos habían permitido contemplar las cuestiones humanas a través del prisma de la gran historia: conocer el proceso de formación del ser social del hombre en su lucha contra la naturaleza, desarrollo que es simultáneamente un proceso de humanización de la naturaleza por el trabajo humano; concebir el pensamiento como un producto del obrar práctico; desenmascarar las mitologías existentes en la conciencia como una consecuencia de las enajenaciones de la vida social que constantemente se renuevan y atribuir las a sus verdaderas causas.

Esta comprensión ofrecida por las ciencias sociales es la que nos permite analizar la vida de la sociedad en sus conflictos y luchas permanentes; conflictos y luchas que, a través de un número ingente de aspiraciones aisladas, deseos particulares, sufrimientos y desilusiones solitarios, victorias y derrotas individuales, se conjugan para formar un cuadro de la única evolución unitaria de la que podemos creer significa -medida con el gran criterio de la historia- una degradación, sino un progreso<sup>13</sup>.

La crítica del posmodernismo está candente. Se viene señalando su ausencia de ética. El posmodernismo afirma, en síntesis, que "todo vale", que cualquier visión de la realidad es por igual digna de crédito, que no existe ningún procedimiento que garantice la verdad de lo que se afirma. Del carácter construido de una teoría, que nadie discute, se ha deduci-

do que es posible y quizá legítimo construir lo que se quiera. Así, el pensamiento posmoderno conduce al abandono de la búsqueda por averiguar qué sucede en una sociedad y sobre todo a que se desprecie la idea de trabajar sobre la realidad social para transformarla.

John Krige ha mostrado como el "todo vale" significa, en la práctica, "que todo siga igual". Fredric Jameson afirma que las premisas del posmodernismo se pliegan dócilmente al programa político del neoliberalismo. Por su parte, Marvin Harris escribe que "la doctrina de que todo hecho es ficción y toda ficción es un hecho, es moralmente depravada. Confunde al atacado con el atacante; al torturado con el torturador; al asesinado con el asesino. (...) Pero sólo un cretino moral sostendría que todas estas historias son igualmente verdaderas"<sup>14</sup>.

Finalmente, son quizá Fehér y Heller quienes han puesto en evidencia los límites de la condición posmoderna:

"La posmodernidad no es una nueva era. La posmodernidad es en todos los sentidos <parasitaria> de la modernidad; vive y se alimenta de sus logros y dilemas".

"El posmodernismo es políticamente minimalista y un destructor de la política redentora. Detrás de la política redentora se halla un simple pero convincente mensaje. Nuestro mundo (el mundo en el que

**La ciencia es una manifestación de la creatividad que sólo puede entenderse plenamente cuando se inserta en el contexto cultural.**

la condición posmoderna puede encontrar morada) es profundamente problemático. Es también un mundo en el que podemos permanecer y encontrar alguna gratificación. Tiene que ser revelado como defectuoso día a día. Pero si se destruye más allá de cierto punto, tras la destotalización puede surgir una nueva totalización: la pérdida total de libertad o la destrucción definitiva. Ambas soluciones serían distintas de las posmodernas: serían antimodernas"<sup>15</sup>. ●

## CITAS

1. Emilio Pradilla Cobos. Las teorías urbanas en la crisis actual; en Revista: Sociológica, año 7 número 18. México, Enero -abril 1992, p. 66.
2. J. Attali. Milenio. Colombia, Editorial Seix Barral, 1991, P.5.
3. Daniel Bell. El Advenimiento de la Sociedad Postindustrial; citado por C. Reynoso, en: El Surgimiento de la Antropología Posmoderna. México, Editorial Gedisa, 1991, p. 12.
4. E. Pradilla Cobos. Op. Cit. p.60.
5. Heinz R. Sonntag. Duda / Certeza / Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988.
6. G. Balandier. El Desorden - La teoría del caos y las ciencias sociales. Barcelona, Editorial Gedisa, 1989.
7. E. Pradilla. Op. Cit. p. 58.
8. C. Reynoso. Op. Cit. p.24.
9. Para un análisis más extenso, ver: Clifford Geertz, Géneros Confusos. La refiguración del pensamiento social. American Scholar, vol 49, No 2, 1980.
10. Gianni Vattimo. Ética de la Interpretación. Barcelona, Ediciones Paidós, 1991, p. 16.
11. Véase Josep Picó (compilador). Modernidad y Posmodernidad. Madrid, Alianza Editorial, 1988.
12. Agnes Heller. "De la Hermenéutica en las Ciencias Sociales a la Hermenéutica de las Ciencias Sociales". En: A. Heller y F. Feher. Políticas de la posmodernidad. Barcelona, Ed. Península, 1989.
13. Leszek Kolakowski. El Hombre sin Alternativa. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p.25.
14. Para un resumen de estas críticas, ver: Carlos Reynoso (compilador). El Surgimiento de la Antropología Posmoderna. México, Editorial Gedisa, 1991.
15. Agnes Heller, Ferenc Fehér. Políticas de la Posmodernidad. Barcelona, Ediciones Península, 1989.